


dice en una estrofa de su EXAMEN VEGETAL. Pero a continuación, inmediatamente, agrega:

«en los arreboles que cruzan mi alma», etc.

Esta permanente oscilación desde el paisaje al mundo de los sueños, da al volumen de Santana un sello especialísimo y una particular originalidad. CAUCES DE LA VOZ triunfará en Chile y fuera del país, porque no sólo es un libro de imágenes, sino que de acuerdo con la definición de Valéry, las palabras poéticas adquieren en él una máxima musicalidad y se colman de sentido, aparecen transidas de número y de ritmo, con una realidad que se sustenta a sí misma; algo divino interior habita en sus poemas.—JUAN MARÍN.

 <https://doi.org/10.29393/At146-190LYDH10190>

DOS HOMBRES, por *Domingo Melfi*

Entre los estudios—biografías y ensayos—destinados a la dignificación de nuestra historia, merece un análisis inmediato el título publicado hace poco: «Dos hombres» —Portales y Lastarria—, de Domingo Melfi. La aparición de la biografía entre nosotros ha servido para que un romanticismo mal aquilatado, sostenido apenas en la actualidad de este género literario, se nos venga encima con la esperanza, acaso, si no de nimbar las figuras de la historia nacional, por lo menos de sostener el pedestal airoso que sus discípulos y admiradores les construyeron. Junto a la reedición de los clásicos de la historia patria, emprendida en este último tiempo, las librerías se ven colmadas de biografías insípidas y de otras dignas de nuestra atención. Estamos, sin la menor duda, en la hora de la valorización de nuestro siglo XIX, en la figura de sus hombres destacados y en los hechos que con ellos se relacionan. Un ángulo visual nada rígido, múltiple, per-

mite el estudio del personaje mediante una suerte de desdoblamiento, de descomposición de su estructura. Nada en él queda en sombras. Este punto visual—examen del hombre y del hecho,—búsqueda de la causa, ha permitido definir con luces y signos irrefutables, largos períodos del pasado que se nos escapaban. La biografía literaria, tan en uso hoy, ha prestado al criterio del ensayista, la intuición y la sensibilidad del artista, lo que le ha valido la extraordinaria aceptación de que hoy goza.

El libro de Melfi tiene antes que nada la alta calidad del ensayo, sin merma del cromatismo y de la nota objetiva que el conocimiento de aquella época no lejana determina. Sin dejarse impresionar por la tendencia intuicionista y literaria de Sweig, de Maurois o de Brion, Melfi ha puesto a su tipo donde debe estar; en su tiempo y en su atmósfera, sin desdeñar ningún elemento de juicio. Ha procedido así porque al emprender el estudio de un hombre, tomaba sobre sí gran responsabilidad. Su juicio respecto de un hombre que llena innumerables volúmenes de comentario admirativo y que es considerado como un estadista de genio, deberá pesar, y con mucho, en el espíritu de esta generación incrédula y razonadora. Melfi ha dedicado su vida mejor al estudio de nuestra sociedad en sus etapas decisivas y en sus estratos más activos. Desde «Dictadura y Manse-dumbre», el primero de sus ensayos en el severo proceso que ha hecho a nuestra formación social y política, Melfi ha ido dejando en la luz los tendones y la profusa nerviación de nuestra decadencia, alimentada por el poderío feudal de media docena de familias sin talento, pero con sobrado egoísmo y astucia. Y este proceso lo eslabona Melfi con la serenidad y nobleza del hombre habituado a campear sobre la pasión y el odio de los grupos impenitentes.

El autor se desentiende muchísimo de la montaña trivial que levantaron nuestros historiadores alrededor de Portales, y cuyo exagerado volumen ha impedido durante mucho tiempo mirar hacia dentro. Le interesa el hombre vivo, y lo extrae del

«osario», lo reencarna y lo sienta ante el pupitre del Ministro, del Intendente (lo fué de Valparaíso), o ante su despacho de comerciante, y nos lo muestra escribiendo a sus amigos, o a su socio desde Lima, donde vivió un tiempo para enmendar sus negocios siempre en decadencia. «Algunas de sus cartas arrojan más luz que un tratado y otras promueven en el ánimo del lector reflexiones que no logran suscitar ni los más agudos de sus biógrafos».

Este epistolario, que reúne unas ochocientas cartas de la naturaleza más diversa, desnuda a su vez la naturaleza integral del hombre y del estadista. Portales era un hombre de aventura, sensual, despreciativo, egoísta. De niño fué cruel y autoritario. Había en él una gran vitalidad; la falta de ejercicio y de combustión de tanta energía creaba en él peligrosa inquietud. Lo que explica el relieve que adquiriera durante su Ministerio, en una época caótica, de lucha sombría, sorda. Portales fué el hombre de la autoridad absoluta, fría, frente a la violencia incontrolada de su tiempo.

Tuvo Portales conciencia de su destino, cuando advirtió el desorden político y económico del país, consumada la Independencia. Los pipiolos intentaban renovar el espíritu de un pueblo que aun llevaba el paso del esclavo. La cadena se había cortado, pero el pie no sabía de otro ritmo, se arrastraba aún. Los pelucos contribuían a ello comprendiendo el peligro de las ideas liberales. Portales escribe en 1832: «El orden social se mantiene en Chile por el *peso de la noche* y porque no tenemos hombres, sutiles, hábiles y cosquillosos». «La masa—comenta Melfi—la masa consciente, culta, no existía. Existía el encomendero, el terrateniente. Y el «inquilinaje»—supervivencia de la encomienda, etc.». Las nuevas ideas ganaban a muchos soldados de la emancipación, con mayor razón cuanto que era evidente la hostilidad o la indiferencia de muchos patriarcas de la colonia, contra cuyo espíritu se habían batido en batallas memorables.

Las revueltas continuas y la tolerancia de cada gobierno

liberal, prepararon la entrada de Portales en la vida política y en el gobierno. «El ambiente de Chile por aquellos días que precedieron al advenimiento de Portales, estaba formado por los grandes señores de la tierra, por los estancieros que habían sido desposeídos de sus monopolios, con los cuales mucho tenía que ver Portales, y por la Iglesia, cuyas raíces absorbían ávidamente el jugo colonial. Era imposible, por tanto, que el pipiolismo pudiera gobernar en paz o que pudiera dar la sensación de autoridad».

Este párrafo, enmarca con justeza el panorama de aquel tiempo, la realidad de la lucha social que se perfilaba, y cuya plenitud se registra en la vida de hoy, con el juego de los mismos elementos, ahora extraordinariamente vitalizados.

Naturalmente, caos semejante debía ahogarse en un puño recio, capaz de descargar su fuerza sobre aquéllos que con su inquietud y sus arranques, trastornaban la modorra colonial que las viejas familias y los negociantes a su servicio, deseaban. Portales fué el hombre escogido y su puño cayó desde ese día sin piedad sobre el «liberalismo perturbador». Toda la gloria alcanzada en las batallas de la Independencia no impidió que hombres como Freire fueran procesados y desterrados y que la traición y el presidio terminara con el resto. «La idea fundamental de Portales era la del gobierno fuerte». «El individuo quedaba anulado y la naturaleza humana sometida a la voluntad omnipotente que dictaba sus resoluciones sólo para la mayor grandeza de ese Estado». Gobierno semejante sólo podía beneficiar a los usufructuarios, que formaban la trinchera pelucona. Aquéllos que pedían libertad, justicia, cultura, progreso en suma, iban a desaparecer social y políticamente.

Melfi dedica algunas páginas a Portales negociante y otras igualmente agudas, a sus amores. No olvida el ensayista poner en relieve la honradez del hombre de negocios. Así en su tienda de Santiago como en sus gestiones comerciales en Lima, se advierte la limpieza de procedimientos de quien, durante sus pe-

ríodos de gobierno, no escuchó a su conciencia. Sus negocios fueron siempre ruinosos, pero cumplió con dignidad sus obligaciones, aun a riesgo de quedarse en la mayor pobreza. Cuanto a las mujeres, siendo afortunado en exceso, tuvo graves dificultades que llegaron a angustiarse, pese a su tremendo egoísmo.

La honradez del comerciante fué impuesta por el Ministro en las finanzas públicas. Todo fué reorganizado y una disciplina férrea atornilló el nuevo mecanismo del Estado. Para conseguirlo, no vaciló en perseguir, apresar, condenar a mucha gente. «Organizó el espionaje, amordazó la prensa y de pronto se encontró convertido en un hombre todopoderoso, implacable, distinto del que todos conocían».

«Después de un año de gobierno—escribe Melfi—el país estaba de nuevo sometido al «peso de la noche». «Una pupila siempre despierta giraba sobre los hombres para descubrirlos en sus movimientos; un oído siempre atento escuchaba todos los pensamientos que vibraban aun en la sombra».

Semejante dictadura había de inquietar a los mismos que la habían preparado y ayudado. Muchos se preguntaban cuando terminaría aquello. El espíritu estaba cansado, Portales poco entendía de esto y golpeaba sobre toda cabeza que amenazaba erguirse, hundía todo pecho que ansiaba respirar plenamente. En los últimos meses de su gobierno, tenía gran parte del país en su contra. Las familias y amigos de los militares humillados por el dictador movían aquella fuerza de oposición y de venganza. Portales, sin embargo, no cejaba en su política de capataz. «El espionaje y la delación llegaron a tristes extremos». «Todos los resortes de la democracia naciente fueron despedazados, mediante leyes de excepción que pusieron en mano del dominador un poder omnímodo».

Termina este ensayo de Melfi con estas líneas exactas que ubican a Portales en su tiempo, sin otra proyección sobre el presente que la sombra tétrica de su contextura política, pro-

yección negativa, como se verá, pues su mentalidad simple, rígida y fría ha detenido el ritmo de nuestra evolución social:

«Portales recogió sin él quererlo la *traición de la encomienda que establecía un silencio forzado sobre el habitante del suelo*. A Portales la tierra no le preocupó como elemento generador de un orden social futuro a cubierto de luchas dolorosas».

* * *

La figura de Lastarria ocupa el segundo ensayo. Melfi lo enfrenta al estadista en una oposición del espíritu liberal a la acción fría de la dictadura, concretada en Portales. Este espíritu liberal—la expresión tiene en la política de hoy un valor negativo—se define en la vida y andanzas de una generación de hombres que vió la luz en medio de la lucha de la Independencia y que alcanzó la conciencia de su destino renovador, una vez consumada la abolición de la carta del año 1828, mediante la traición y la violencia. Ningún hombre podía interpretar mejor que Lastarria a una generación cuyas banderas y cuyas armas estaban hechas de intuición y razonamiento, de hidalguía, generosidad y talento. Lastarria tenía la vocación del maestro. Y esto fué lo que diera a su figura tal aureola dentro de su tiempo, en aquel campo de luchas sin tregua. Desde su adolescencia no dejó de poner sus extraordinarias condiciones de apóstol al servicio de una doctrina que debería transformar las condiciones de su patria. La extraordinaria conciencia y la fe de esta generación hicieron de sus hombres seres de doctrina activa y heroica, verdaderos románticos de la política, dignos, incorruptibles, exuberantes, incansables. Era una generación sensible e inteligente, ardiente y promisoro. Frente a la instauración de un régimen personalista y despótico, fraguado en los salones de la aristocracia, estos hombres nacidos en los años de la lucha libertaria y del heroísmo, no podían rendirse a la represión de los dictadores. «La imaginación se exaltaba ante las injusticias socia-

les y el verbo encendido de la libertad flameaba en los salones y en los clubes secretos». Inspirados en Lamartine, estos libertarios se dieron rasgos y tuvieron arranques girondinos. Lastarria, Bilbao, Manuel Recabarren, Rafael Vial, Juan Bello, Domingo Santa María, Marcial González, los Amunátegui, etc., recibieron los nombres de los girondinos más destacados.

Lastarria fué el eterno perseguido por su doctrinarismo infatigable y por la autoridad de su talento. En el aula, en el libro, en el periódico, en el parlamento, no dejó nunca de atacar con el calor de su palabra certera y luminosa las injusticias y los errores del régimen. No se entregó como otros al peluconismo, pese a los esfuerzos de una sociedad habituada a servirse de los valores humanos. Con el pretexto de que en su cátedra de profesor de Legislación y Derecho de Gentes, hacía política revolucionaria, se le destituyó. Vicuña Mackenna dice a este respecto: «no fué el conspirador, ya que no tenía ni la fibra, ni la tenacidad, ni la audacia sorda de los maquinadores; no, se quiso sólo vengar los rasgos de una elocuencia superior». «En general, confirma Melfi, las sociedades de estilo conservador como las de América no toleran al que grita o examina con criterio libre las injusticias y las miserias del ambiente».

El pensamiento crítico de Lastarria tenía la profundidad y agudeza del filósofo, la riqueza y la fuerza del tribuno y la seducción íntima, cálida, del maestro de juventudes y del escritor vinculado a un «pueblo» que lo escucha. No había, pues, de limitarse a la propaganda de la doctrina política y al terrible examen de la actualidad de su patria. Sus ideas penetraban el pasado colonial, con la seguridad del historiador que investiga que persigue las causas del hecho consumado y sus relaciones con los diversos fenómenos registrados en la marcha de un país nuevo. Este criterio filosófico significaba la remoción de nuestro pasado y la exhibición de costumbres y sistemas que habían pasado intactos de la Colonia a la República. «La omnipotencia de la tradición colonial no sólo pesaba poderosamente sobre la

legislación misma, sobre el espíritu de los descendientes de los grandes señores y oidores, sino sobre los métodos que era necesario emplear para realizar los estudios históricos. Lastarria rompió valientemente contra esos métodos...», «La historia chilena se ha dedicado en gran parte, en la obra de algunos de sus mayores historiadores, a ser simplemente un catálogo de hechos».

Cuanto al arte mismo. Lastarria vislumbró las posibilidades de lo autóctono, y aquí recibió la metralla de la prensa oficial y de esa crítica deleznable, microbiana, que todo lo corrompe. «Fundemos nuestra literatura naciente—dice Lastarria a su generación—en la independencia, en la libertad del genio...». «Fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad».

Aplicando Melfi un método estrictamente filosófico, nos traza un Lastarria monumental, estructurado sin penumbras, sin artificios, mediante el examen de la doctrina y del hecho humano. Su vida, de pureza y dignidad no igualadas, lo pone a cubierto de todo alcance tendencioso. Como toda figura de calidad espiritual, Lastarria está grande aun para el presente siglo, en que los hombres corrompen sistemáticamente la doctrina y pisotean los ideales, vencidos por la promesa. Mientras Portales desaparece de la escena entre ráfagas de terror y en medio del silencio de su puño amenazante, la figura del tribuno, del escritor, del maestro se esculpe sobre aquella montaña de violencias y dolores, con la frente iluminada por el pensamiento liberador, viva la conciencia de la justicia y de la dignidad humanas.

Dentro de la brevedad de esta nota hemos querido subrayar el extraordinario valor de estos ensayos de Melfi. La serenidad del examen, la agudeza y robustez de la idea, la solidez de la documentación, dan al libro categoría de obra decisiva en este proceso de dignificación que los chilenos hemos emprendido con nuestra historia.—LAUTARO YANKA